

UNA NOTA ACERCA DE LA OBJETIVIDAD

A NOTE ABOUT OBJECTIVITY

*Roberto Bueno Cuadra**
Escuela Profesional de Psicología

Recibido: 19 de octubre de 2011

Aceptado: 28 de octubre de 2011

RESUMEN

En el presente artículo discuto el argumento de ciertos investigadores sociales y de los pensadores postmodernos de que ningún conocimiento es objetivo, dado que todo conocimiento está sesgado por las características personales y sociales del observador. Yo argumentaré que existen factores contextuales que determinan que, en circunstancias particulares, no siempre es posible ser objetivos, pero que la objetividad sí es una meta alcanzable gradualmente en la medida en que dichos factores son descubiertos y controlados.

Palabras clave: Conocimiento, objetividad, metodología, relativismo, post-modernismo.

ABSTRACT

In this article, I discuss the argument of some social researchers and post-modernist thinkers that any knowledge is objective, because of that all knowledge is biased by observer's personal and social characteristics. I will argue that there are contextual factors that, in particular circumstances, it is not always to be objective, but objectivity is a gradually attainable goal to the extent to such factors are discovered and controlled.

Key words: Knowledge, Objectivity, Methodology, Relativism, Post-modernism

EL CASO CONTRA LA OBJETIVIDAD

Un pasatiempo favorito entre muchos intelectuales de nuestro tiempo consiste en negar la posibilidad del conocimiento objetivo. Si hay conocimiento, éste es siempre relativo al individuo; si hay una realidad externa al individuo, ésta nunca puede conocerse tal como es. Los motivos para esta reacción anti-objetivista son muchos y no serán discutidos aquí, aunque cabe mencionar dos de ellos, uno claramente político y el otro más filosófico. Unos argumentan que la pretensión de objetividad esconde en realidad el intento de imponer autoritariamente ciertas visiones interesadas del mundo y de la sociedad en detrimento de aquellas otras defendidas por los grupos minoritarios, marginados o simplemente desplazados del poder. En otros, el ataque a la objetividad simplemente forma parte de una ideología anti-cientificista, que ve una radical oposición entre las «dos culturas» (la científica y la humanística) y que, indudablemente, encuentra sus blancos fundamentales en postulados científicos básicos como el determinismo y la posibilidad de conocer objetivamente la realidad.

En las ciencias sociales en general, y en la psicología en particular, la crítica del objetivismo aparece invariablemente en la literatura ubicada en la tradición hermenéutica. En esos escritos, los científicos sociales que han abrazado los métodos de las ciencias naturales (a los que los interpretativos llaman «positivistas» y, también, en algunos casos, «cientificistas»), son frecuentemente acusados de creer ingenuamente en las posibilidades ilimitadas de objetividad del conocimiento científico:

Se asume que los científicos sociales y conductuales no tienen estereotipos, sesgos heurísticos, tendencias atribucionales, expectativas, olvidos, distorsiones perceptuales, tendencias de conformidad, o cualesquier otras tendencias 'no racionales', a pesar de tratarse de seres humanos» (McGrath & Johnson, 2003, pp. 34-35).

La realidad, en cambio, sería muy distinta:

Primero, los positivistas asumen que hay objetividad en el mundo, y que el investigador es un observador objetivo y un reportador de datos. Los métodos de la ciencia social sistemática, tales como los procedimientos de selección de la muestra, la medición de variables y el análisis estadístico, presuponen que el investigador está libre de sesgos y puede muy bien

encontrar que una hipótesis muy estimada no es apoyada por los datos. Los post-positivistas (postmodernistas) creen que es imposible para un investigador ser objetivo. Los investigadores son subjetivos: un investigador tiene un género, raza, etnicidad, cultura, nacionalidad, religión, familia, personalidad y actitud que filtran sus observaciones de los datos. Toda percepción es sesgada por quien somos y quién nos consideramos ser (Vanderstoep & Johnston, 2009, p. 171).

El mismo argumento es repetido una y otra vez:

Pocos entre nosotros todavía aceptarían la proposición de que los investigadores ingresan en el campo a recolectar piezas de la realidad que yacen a su alrededor esperando ser cosechadas. Nosotros apreciamos, en vez de ello, que los investigadores... moldean la realidad experimentada. Del mismo modo, rechazamos la noción del escrito como transmisión de una realidad objetiva... la mano del escritor y los ojos del lector moldean todo trabajo escrito, aun en ciencia. Nuestros productos escritos son trabajos elaborados (Golden-Biddle & Locke, 2007, p. 14).

Por tanto, no hay posibilidad de aprehensión objetiva de la realidad, tan sólo hay «interpretación»: «La experiencia que una persona tiene incluye la manera en que la experiencia es interpretada. No hay experiencia «objetiva» fuera de su interpretación» (Merriam, 2009, p. 9).

Un argumento igualmente prevalente es que los científicos naturalistas pretenden garantizar la objetividad mediante la rigurosa aplicación del «método científico». Los críticos caracterizan a tales científicos como víctimas del espejismo metodológico, es decir, la creencia de que el control metodológico garantizará que las observaciones científicas serán impolutas y «asépticas», no contaminadas conceptualmente. En cambio, argumentan, en los «verdaderos» estudios sociales (no positivistas) el investigador es consciente de que sus observaciones siempre están de algún modo sesgadas (por ejemplo, Báez, 2007). Los científicos, se asegura, sólo viven de ilusiones cuando creen que cualquier amenaza a la objetividad puede resolverse apelando a la omnipotencia de sus métodos:

Elevar el laboratorio y el método experimental (...) en un plano «puro» y objetivo donde los valores y sesgos del investigador son supuestamente

dejados en la puerta y donde el control estadístico asegura validez y objetividad es sumamente problemático (...) ningún experimento, ninguna pregunta de investigación y ciertamente ninguna interpretación de datos pueden ser verdaderamente objetivos (Camic, Rhodes & Yardley, 2003.).

La contundencia de tales aseveraciones es intimidante. Pero, ¿cuáles son las consecuencias? Los científicos se caracterizan por tratar de mantener el mayor grado posible de imparcialidad, es decir, objetividad, en sus observaciones, pero los escritores antes citados nos dicen que nunca se consigue una imparcialidad total porque ningún ser humano está consciente de todos los factores personales o culturales que «filtran» sus juicios, o aun estando conscientes de algunos de ellos, no es posible evitar su impacto. Yo cuestiono por completo tales afirmaciones. Desde el momento que se plantea la existencia de sesgos en el conocimiento, ya se está manifestando una confianza en el saber objetivo, de otro modo, ¿cómo podríamos asegurar que tales sesgos existen? Es decir, el mismo reconocimiento de la existencia de sesgos es, simultáneamente, una prueba de dichos sesgos pueden controlarse, pues de otro modo, no podríamos confiar en la verdad de tal afirmación. Desde el momento en que se reconoce la existencia de tales sesgos, podemos hacer todo lo humanamente posible para evitar que dichos sesgos adulteren nuestras observaciones y nuestros juicios. Y es aquí donde la radica la posibilidad de alcanzar conocimiento objetivo.

QUÉ ES LA OBJETIVIDAD

¿Qué se entiende, en principio, por objetividad? La respuesta más común es que el conocimiento es objetivo cuando carece de sesgos. Como señala Daston (1999, citado por Hegelund, 2005, p. 654), la objetividad implica «eliminar idiosincrasias individuales (o grupales como en los casos de los estilos nacionales o el antropomorfismo)». Un reconocido defensor del objetivismo establece la siguiente definición: «el primer y central uso de la palabra «objetividad» es para referir lo que es verdadero independientemente de cualquier sujeto que juzgue su verdad» (Collier, 2003, p. 19). Dichos conceptos se amplían de la siguiente manera:

Un juicio es objetivo si su verdad o falsedad depende de cómo las cosas son en el mundo, más bien de lo que los individuos piensan o sienten. El

objetivismo es contrastado con el subjetivismo, el punto de vista de que la verdad o la falsedad, acierto o error, etc., son expresiones de los estados psicológicos de los individuos. Un juicio o afirmación es objetivo si su verdad y falsedad pueden obtenerse independientemente de nuestros pensamientos y creencias (Baghranian, 2004, p. 92).

Las definiciones de objetividad antes citadas implican que el conocimiento es objetivo cuando se trata de observaciones o juicios que pueden replicarse de un investigador a otro, a pesar de las grandes diferencias que pudieran existir entre ellos, tanto en lo personal como en lo social o cultural. Por supuesto, la posibilidad de conocer sin sesgos, presupone la existencia de una realidad con características definidas, dispuesta ante el ser humano para su conocimiento:

Objetivismo es la posición de que el significado es independiente de cualquier consciencia, que las cosas tienen significados intrínsecos a ser descubiertos o revelados por la investigación. Debido a que se asume una igualdad uno-a-uno entre la realidad observada y la realidad tal como es, el investigador usa técnicas que permiten establecer una correspondencia uno-a-uno entre las observaciones del investigador y aspectos relevantes de la realidad externa. Si la realidad existe fuera en un tiempo y espacio determinados en el ambiente físico, entonces observadores bien entrenados deberían «ver» más o menos similares cosas si ellos utilizan medios sistemáticos similares de recolección de evidencia empírica (Preissle & Grant, 2004, p. 171).

Esta cita enfatiza el hecho de que, hasta cierto punto, los mecanismos de control prevalecientes en la propia actividad científica, así como la crítica fundada en buenos argumentos y evidencias, permite superar el problema de las «idiosincrasias individuales». En realidad, sí es posible evitar muchos de los sesgos que los hermenéuticos señalan en sus ataques a la objetividad y en este sentido, el conocimiento puede llegar a ser objetivo. además, los hechos y las teorías pueden discutirse sobre la base de evidencias y argumentos, incluso aunque la motivación para tales cuestionamientos tenga sesgos ideológicos (York & Clark, 2006). Hay ya suficientes ejemplos históricos de que, en ciencia, siempre la verdad prevalece sobre las preferencias ideológicas. De hecho, la verdad de los enunciados puede evaluarse independientemente

de sus orígenes (Porpora, 2004). Yo agregaría que no sólo puede, sino que siempre debe evaluar de esta manera.

El investigador honesto siempre se esfuerza por mantener la mayor imparcialidad posible en sus observaciones, mediante el control de todos los posibles sesgos de los que está consciente. Los métodos y técnicas de investigación son prescripciones, precisamente, para evitar o controlar sesgos derivados, por ejemplo, de la influencia de las expectativas del investigador sobre la manera en que se obtiene, registra o analiza la información. Esta clase de objetividad es lo que suele a veces llamarse *validez*. En este sentido, cuando el científico exige objetividad, lo que demanda es hacer investigación de calidad, es decir, válida, que esté libre de aquellos sesgos que pueden evitarse. Cuando tales sesgos no se controlan los resultados pueden ser, y en verdad suelen ser, desastrosos (pensemos en investigar las causas y posibles curas del cáncer sin exigir objetividad en tal investigación). Yo creo que, cuando el científico habla de objetividad, en realidad, se está refiriendo básicamente a la necesidad de mantener deliberadamente la actitud más imparcial posible frente a las observaciones disponibles. Como nos lo recuerda Gould (2000), por ejemplo, Darwin reconocía que la «objetividad sólo puede ser significativamente definida por un correcto registro y por una disposición (incluso impaciencia) por cambiar o rechazar hipótesis estimadas a la luz de tales registros» (p. 254). De hecho, muy pocos, si es que alguno, entre los investigadores, se atreverían a negar la importancia, y la posibilidad, de ser objetivos en este sentido:

La objetividad es un criterio tradicional de calidad en los datos cuantitativos... desde una perspectiva cualitativa, la meta análoga es confirmar... que los datos reflejan tan exactamente como sea posible, las perspectivas y experiencias de los participantes. La confirmabilidad significa una manera de conocer en que, aun como un coparticipante en la investigación, el investigador ha mantenido la distinción entre sus valores personales de aquellos de los participantes... los investigadores cualitativos tienen la obligación de observar y documentar sus propios roles en el proceso de investigación, incluyendo supuestos, sesgos o reacciones que podrían influir en la recolección e interpretación de los datos (Ulin, Robinson & Tolley, 2005, p. 26).

Ni más, ni menos, de lo que haría cualquier científico «positivista» que esté interesado en la verdad. Sin embargo, dos problemas se presentan para

socavar la posibilidad del conocimiento objetivo. En primer lugar, la imparcialidad se consigue controlando aquellos factores que pueden mellarla, pero esto requiere que dichos factores sean en primer lugar identificados. Y no siempre se está consciente de todo aquello que puede distorsionar nuestros juicios y observaciones. En segundo lugar, todo conocimiento se ejerce en algún contexto individual y cultural y dichos contextos no son absolutos. Por ambas razones, se alega, el conocimiento no puede ser objetivo. Frente a tales problemas, yo presentaré los siguientes argumentos. En primer lugar, como ya he apuntado, el reconocer la existencia de sesgos es ya en sí un conocimiento objetivo, pero también es verdad que gradualmente nos hacemos más y más conscientes de tales sesgos y de su impacto, lo que significa que gradualmente nos aproximamos al conocimiento, al único conocimiento real, que es el objetivo, aquél que consta de verdades. La postura objetivista no es la afirmación de que *siempre* somos objetivos, sino, que *se puede* llegar a la objetividad, pero esa meta sólo se alcanza con un esfuerzo continuo. En segundo lugar, los contextos del conocimiento no son condicionantes externos del conocimiento, sino que son sus condiciones mismas de existencia: el conocimiento lo es siempre de un individuo y consiste siempre en un sistema conceptual. Yo desarrollaré estas dos ideas en lo que sigue, pero antes añadiré algunos comentarios sobre la oposición entre objetivismo y relativismo.

OBJETIVISMO Y RELATIVISMO

Como ya hemos visto, los adversarios de la objetividad aducen que hay razones profundas por las que el conocimiento, incluyendo el científico, nunca puede ser objetivo. Es decir que los mecanismos de control científico sólo generan una falsa sensación de objetividad, porque nunca es posible controlar los sesgos, aun cuando éstos sean reconocidos. Incluso, afirman, estos sesgos incontrolables determinan, en parte, que los propios mecanismos de control sean también ellos mismos, sesgados. Así, la objetividad metodológica es una falsa objetividad pues los criterios metodológicos mismos, el observador mismo, nunca son objetivos.

La alternativa a la objetividad es el relativismo. Como mi interés en el presente trabajo es la teoría del conocimiento, la forma relevante de relativismo aquí es el epistemológico. Según tal doctrina, nada puede decirse que sea

* robuenoc@hotmail.com

verdadero (o falso), o, inversamente, pueden existir tantas verdades como observadores haya, pues el conocimiento depende siempre de las condiciones históricas o personales del conocedor (Baghramian, 2004). En realidad, algunos definen el relativismo epistemológico como el hecho de que la verdad de una proposición dependa de factores variables (Haworth, 1999), como pueden serlo, precisamente, las condiciones individuales o las culturales. En una palabra, desde una visión relativista no hay manera de decidir respecto de la verdad o falsedad de los enunciados. Supóngase que dos individuos contemplan el mismo jarrón, pero cada uno desde una posición diferente respecto del jarrón. Uno lo ve de color blanco y el otro de color gris. Y supóngase que no hubiera forma de determinar cuál es el color «verdadero». Así, claramente, lo único que podría afirmarse es que el color depende de la posición del observador respecto del objeto. El relativismo epistemológico es una postura en general seria, pero no está exenta de dificultades lógicas (véase, por ejemplo, Mosteller, 2006). Como también es verdad que mucha de la más interesante filosofía contemporánea (Wittgenstein, Quine y Rorty, por ejemplo) podría a primera vista relacionarse con ciertas visiones relativistas en el sentido de anti-realistas («la realidad es construida por el propio individuo, luego hay tantas realidades como individuos hay»), aunque existen razones para pensar que ese diagnóstico no es necesariamente exacto (ver, por ejemplo, Kirk, 1999). Excede a los objetivos de este trabajo introducirse en esa discusión. Aquí sólo me concentraré en algunos de los argumentos que más frecuentemente hallamos en la literatura sobre los métodos interpretativos.

Un primer aspecto que no me resisto a comentar es el carácter auto-contradictorio de cualquier pensamiento relativista. Como lo sostuvo Staddon (2001):

El ataque post-modernista a la idea de verdad es tan enrevesado y patentemente absurdo que es difícil saber cómo abordarlo de un modo cortés (...) la más obvia objeción es que dicho argumento se refuta a sí mismo: ¿es *verdad* que no hay tales cosas como la verdad? Esta proposición es ya sea verdadera o falsa. Si es verdadera, entonces la proposición es falsa. Si es falsa, podemos ignorarla. Caso cerrado (p. 80, énfasis en el original).

Algunos investigadores sociales y los pensadores postmodernos, suelen buscar un apoyo filosófico para su relativismo en las supuestas implicaciones

epistemológicas de la teoría de la relatividad. Pero esa maniobra no es más que uno de los muchos ejemplos de abuso mal informado de los conceptos científicos. El argumento de los relativistas, por supuesto, va más allá de lo que afirma tal teoría. Como dice Lovejoy (1999-2000):

A pesar de su nombre de algún modo desorientador, la relatividad es de hecho una teoría acerca de la realidad objetiva. El movimiento puede que parezca ser relativo con respecto a diferentes observadores, quienes en verdad llegan a diferentes respuestas para las mediciones de longitud y duración entre los mismos dos eventos. Sin embargo, el punto real de la teoría es que ella proyecta las leyes fundamentales de la física... en términos objetivos independientes del observador (p. 438).

En realidad, como lo muestra en términos sencillos Klotz (2001), la teoría de la relatividad es una teoría de la invariancia, más aún: ni el propio Einstein había usado el término «relatividad» en sus primeras discusiones sobre la «relatividad». Por tanto, el relativismo epistemológico, por lo menos como lo presentan muchos hermenéuticos y postmodernos, no sólo es absurdo sino que tampoco es una consecuencia filosófica de la teoría de la relatividad. Sin embargo, aunque el relativismo epistemológico debería ser descartado por su carácter auto-contradictorio y científicamente infundado, sí es verdad que existen muchos factores que pueden limitar y/o sesgar el qué y cómo puede conocerse. Tal observación en modo alguno es un «descubrimiento» de los hermenéuticos, pues, como observa Kirk (1999), ya los antiguos griegos sabían que el conocimiento puede verse afectado por una diversidad de factores.

En lo que sigue, voy a referirse a tres clases de importantes factores contextuales del conocimiento. El primer tipo de factores concierne a la actividad de procesamiento de nuestros sistemas sensoriales y perceptuales. El segundo, corresponde a los marcos conceptuales. Y el tercero, no presente en el conocimiento común aunque sí en el científico, concierne a los instrumentos de medición. Aun, sin embargo, cabe mencionar un cuarto tipo de factores contextuales, éstos sí bastante problemáticos en cuanto a la posibilidad de su existencia real o del alcance de su impacto. Me refiero a supuestos procesos revelados en algunos de los llamados estudios sociales de la ciencia, procesos en los cuales los hechos científicos son «construidos» a partir de las «negociaciones» que los investigadores entablan en el laboratorio. Aquí estamos ante un extremismo inquietante: no sólo no hay hechos

objetivamente descritos, sino que incluso tampoco hay hechos reales, sólo hechos «construidos». Estrictamente hablando, el problema de los hechos construidos rebasa al de la objetividad, de manera que lo damos aquí por cerrado con el siguiente comentario de Sokal y Bricmont (1999):

No basta con estudiar las relaciones de poder o las alianzas entre científicos, por muy importantes que sean. Lo que a un sociólogo le parece un simple juego de poder, en realidad puede estar motivado por consideraciones perfectamente racionales, pero que sólo se pueden entender como tales mediante una comprensión detallada de las teorías y los experimentos científicos (p. 106).

EL CONTEXTO BIOLÓGICO

Nuestro conocimiento está contextualizado en primer lugar por el hecho de que el cerebro filtra y organiza la información. De este modo, lo que vemos no es la realidad, sino lo que el cerebro elabora a partir de los datos que procesa. Por supuesto, se puede plantear argumentos similares respecto de nuestras capacidades físicas para formular razonamientos, comunicarnos y un largo etcétera. Un científico expuso la idea así:

Este libro está relacionado con la conducta de los animales y... ha sido escrito, por supuesto, por otro animal, lo cual significa que los argumentos e interpretaciones presentadas son en sí mismas el distante resultado de los procesos que ellos intentan iluminar. Como justo otro viajero en la ruta evolucionaria de la vida, mis visiones están potenciadas y limitadas por los mecanismos de mi sistema nervioso central (Barnard, 2004, p. 588).

En suma, el conocimiento es obtenido a través de nuestros imperfectos y limitados instrumentos biológicos y formulado mediante nuestro limitado lenguaje. Por tanto, por más avanzados que sean nuestros métodos, el conocimiento resultante de su empleo nunca podría reflejar «objetivamente» la realidad. El hecho es que lo que vemos y la forma en que vemos se limita a lo que nuestros sentidos nos permiten ver. Por ejemplo, sólo vemos en un rango de longitudes de onda y la mayoría de los animales no ven en color. Sin embargo, éste no es realmente el problema de la objetividad. Ser objetivo no implica ser capaz de ver ilimitadamente, el nombre que correspondería en tal caso es el de *omnisciencia*. Ser objetivos implica completa solamente

libertad de cualesquier restricción para poder ver lo que se es realmente capaz de ver.

Pero cuando somos afectados por alguna clase de sesgo ya no somos libres para ver lo que naturalmente somos capaces de ver. Nuestros sistemas sensoriales y nuestras interpretaciones pueden verse afectados, por ejemplo, por diversas condiciones físicas, algunas propias del organismo (fatiga, drogas, etc.) y otras más bien presentes en el objeto de observación o en las condiciones ambientales (como en el caso de las ilusiones perceptuales). Este es un buen argumento para el relativista, pero éste no puede valerse de tal argumento sin caer en una inconsistencia. Pues, en primer lugar, hacer uso de los conocimientos en psicología y neurociencias requiere previamente aceptar que se trata en verdad de conocimientos: ¿cómo podría el relativista hacer uso de estos hallazgos psicológicos y neurológicos para objetar la posibilidad del conocimiento objetivo, si él mismo no aceptara tales datos como verdaderos?. La percepción puede verse influida por muchos factores, y esta constatación es la mejor evidencia de que, a pesar de ello, se puede conocer objetivamente la realidad, por ejemplo, que existen ciertas condiciones bajo las cuales la percepción se distorsiona. Y en segundo lugar, el hecho simple, a partir de esta lección, es que no pueden existir tantas verdades como interpretaciones se puedan formular acerca del mismo objeto o evento. Sólo puede decirse que la percepción sufre distorsiones cuando existe manera de percibir sin tales distorsiones. Por ejemplo, sólo se puede comprobar la existencia de las ilusiones visuales cuando se puede comprobar la forma o el color verdaderos del objeto observado. Es decir, la investigación psicológica y neurológica nos muestra con claridad cómo y bajo qué condiciones la percepción resulta o no afectada. Algunas de estas condiciones son, como hemos mencionado, físicas, pero hay además otras, de orden conceptual.

EL CONTEXTO CONCEPTUAL

Baghramian (2004) hizo una distinción entre varios tipos de relativismo, considerando en su análisis las variedades del relativismo epistemológico y el relativismo conceptual. Varios de los aspectos a considerar en este apartado se vinculan con lo que ella denomina relativismo conceptual. Aquí vamos a tratar, precisamente, acerca del contexto conceptual, aquél que está relacionado

no con las capacidades del individuo, sino más bien con su experiencia previa. El contexto conceptual abarca dos clases de factores. Los factores del primer tipo surgen del hecho de haber formado categorías de acuerdo con las cuales clasificamos los objetos y eventos en el mundo. Como es obvio, a cierto nivel, cada individuo posee un sistema de categorías distinto y propio. Y, como sabemos, dicho sistema de categorías existe como producto de la experiencia del sujeto. Como observa Caldwell (1994):

Cualquier observación requiere tanto selección como interpretación por el observador, y tales actividades serán coloreadas por el marco conceptual previo del observador, el cual incorpora cualidades intangibles como intereses, perspectivas, experiencias pasadas y anticipaciones en relación con los resultados (p. 47, cursivas en el original).

Así, un individuo ve un objeto como «silla» si previamente ha adquirido la categoría de silla, a partir de su experiencia con muchas sillas reales. Quienes, en razón de experiencias distintas, carezcan de tal categoría, no verán el objeto en cuestión como silla. Y quienes, en razón también de sus experiencias, comparten el mismo sistema conceptual, coincidirán en percibir el objeto como silla, produciéndose así el acuerdo entre observadores. Aquellas experiencias que se consideran ambiguas, se juzgan de ese modo porque no tenemos categorías dentro de las cuales catalogar tales experiencias, o las circunstancias de la observación no permiten decidir en cuál categoría catalogar la experiencia en cuestión. Por tanto, lo que algunos pueden percibir como ambiguo, puede resultar sin embargo, bastante claro para otros. En su famosa crítica a la objetividad, Hanson (1971) enfatizó, precisamente, la influencia del contexto conceptual respecto de lo que se «ve». La esencia de la crítica es que todo acto de observación es un acto de categorización y por ello la observación es siempre subjetiva: lo que se observa depende de las categorías particulares empleadas por el observador. Sea dicho de paso también que la posibilidad de que muchos individuos compartan un mismo sistema de categorías (además de que puedan mantener bajo control toda posible influencia que menoscabe la calidad de su percepción) es lo que permite a algunos considerar a la objetividad como un caso particular de la subjetividad, es decir, la objetividad como acuerdo inter-subjetivo (por ejemplo, Doucet, 1984). Aunque, probablemente, el llamado acuerdo inter-subjetivo sólo refleje consistencias reales en el objeto de estudio.

El otro tipo de sesgos conceptuales está constituido ya no por las categorías individualmente consideradas, sino por sistemas enteros de conceptos, más abstractos y sutiles y que operan en un nivel más fundamental, comprendiendo las estructuras que a veces se denomina *paradigmas*, así como también a ciertos profundos compromisos filosóficos enraizados en la propia vida social, lo que Kantor (1978) llama la «matriz cultural». La matriz cultural está vinculada estrechamente con las motivaciones ideológicas, casi siempre implícitas, subyacentes a las decisiones que el investigador adopta respecto de qué y cómo estudiar. Algunos de estos parámetros conceptuales son, por ejemplo, nuestras concepciones acerca de la realidad y el conocimiento. En cierta medida, Kantor (1963-1969) y otros autores (por ejemplo, Smith, 1993) han mostrado cómo la matriz cultural, estructurada sobre las condiciones sociales prevalecientes, moldea precisamente las concepciones más básicas acerca del objeto de conocimiento de la psicología. Otro ejemplo de cómo opera la matriz cultural se puede apreciar en el reporte de los cambios conceptuales ocurridos en la Europa del Renacimiento, «cuando la orientación cultural hacia la ideología mítica y mágica fue gradualmente remplazada por la creencia en una estructura racional y científica del mundo» (Subbotsky & Quinteros, 2002, p. 520).

En suma, nuestro conocimiento jamás es independiente de algún marco conceptual fundamental. El científico admite con franqueza que «la observación... no puede estar divorciada de su marco conceptual» (Feist, 2006, p. 225). O, como observó una eminente conductista como Linda Parrott (1986), «los científicos siempre operan sobre un conjunto de suposiciones» (p. 45). Se trata casi de una obviedad. Es imposible que una observación esté desligada de algún marco conceptual porque toda observación es un acto de categorización. Sin embargo, debemos tener en cuenta que el acto observación, el proceso de categorización, se lleva a cabo también en el contexto de otros muchos diversos marcos conceptuales. Algunos de ellos corresponden al conocimiento previamente adquirido en el dominio de los hechos observados, pero hay muchos otros, y éstos son los que corresponden a los factores citados por los críticos de la objetividad, tales como las actitudes, hábitos, atribuciones, expectativas, etc. del observador, todos los cuales pueden influir en la selección de las categorías mediante las cuales se efectúan las observaciones.

Supongamos que sea posible superar la influencia de estos diversos marcos conceptuales. Y supongamos que en esas condiciones dos individuos emplearan cada uno una categoría diferente para observar el mismo objeto. Si todo sesgo posible ha sido eliminado, la única explicación de seleccionar cada uno una categoría diferente es que cada uno se basa en experiencias personales distintas. Pero, en tal caso, ¿cuál de las dos categorizaciones es la correcta? Hanson planteaba el ejemplo de dos observadores contemplando el mismo objeto. Uno lo veía como un simple tubo metálico, y el otro como telescopio. La diferencia no estribaba en las características físicas del objeto, sino en los distintos sistemas conceptuales de los dos observadores. Pero, ¿es alguno de estos sistemas más «objetivo» o más «válido» que el otro? Dado que ambos sistemas son válidos, de ahí se infiere que no hay observaciones objetivas, pues si éstas fueran posibles, ambos observadores deberían concordar en lo que ven. Yo creo que el ejemplo de Hanson no es convincente. Las dos categorizaciones son correctas, pero esto no constituye un resultado relativista, ya que dichas categorizaciones no son contradictorias entre sí. En realidad, la categoría «telescopio» es más estrecha que la de «tubo de metal», pues un telescopio es un «tubo de metal que deja ver las cosas más de cerca». No hay un desacuerdo real entre ambas afirmaciones. Quien ve el objeto como un simple tubo de metal puede fácilmente ser convencido de que es *también* un telescopio (es decir, no deja de ser un tubo de metal), si comprueba la habilidad del objeto para hacer ver las cosas más de cerca. El problema del relativismo sólo se plantea cuando los juicios son contradictorios entre sí (como cuando uno afirma que el jarrón es blanco y el otro afirma que es gris). La objetividad requiere que dos juicios contradictorios no pueden ser ambos verdaderos. El reclamo de veracidad de diversas posturas mutuamente contradictorias, incluso cuando hay información disponible, es decir, la existencia de diversas «interpretaciones» de los mismos hechos, sólo refleja la presencia de sesgos conceptuales sobre la base de esas distintas posturas (es decir, sesgos provocados por las diferencias de actitud, expectativas y todo lo demás). Pero, sin ninguna duda, el poder referir las diferencias conceptuales detrás de los desacuerdos perceptuales es un ejemplo genuino de ejercicio objetivo, del mismo modo que lo es, como ya vimos antes, el reconocer los factores biológicos que pueden influir en la percepción.

Los sesgos conceptuales se derivan indudablemente de preferencias personales. Como ya se dijo, dichos sesgos consisten en lo que ordinariamente

llamamos actitudes, expectativas, roles sociales, etc. del observador. La posibilidad de conocer objetivamente, es decir, de formular un sistema conceptual libre de sesgos, requiere precisamente que dichos sesgos sean identificados y controlados, pero especialmente, requiere realizar una crítica adecuada de los argumentos construidos sobre la base de esas preferencias. En este sentido, los investigadores sociales más críticos de la objetividad, son los que mejores servicios han rendido a la causa del conocimiento objetivo. Al hacernos conscientes de las muchas fuentes de sesgo conceptual no sólo es posible intentar controlar su efecto, sino, sobre todo, reconocer que argumentos hasta ahora sostenidos como «verdades» pueden estar en realidad sesgados y por tanto, están sujetos a crítica. Por ejemplo, como afirma Ribes (1990, la crítica conceptual en una disciplina científica tiene en parte la misión de mostrar el carácter históricamente condicionado de los conceptos bajo análisis, pues ésta es una manera de apreciar el carácter no natural y no inevitable de la imagen del mundo que esos conceptos proyectan. Y esa crítica es uno de los caminos hacia el saber objetivo.

Podemos reiterar entonces que el conocimiento es un sistema de conceptos construido sobre la base de las propiedades físicas de un organismo viviente. Así como no es posible para nadie percibir ilimitadamente, tampoco poseemos un sistema ilimitado de categorías mediante las cuales formular el conocimiento. Sólo un ser omnisciente gozaría de tales privilegios. La objetividad, por tanto, sólo implica ausencia de sesgos para un individuo que actúa con base en sus propiedades físicas y un sistema conceptual dado. Estos sesgos son eliminados cuando los reconocemos y tomamos medidas para controlarlos. Por ello, no siempre somos objetivos, pero sí es posible alcanzar la objetividad. En particular, sostengo la idea de que el conocimiento individual como el conocimiento compartido socialmente, como es el caso de la ciencia, se hacen cada vez más objetivos, en la medida en que cada vez más aprendemos acerca de los sesgos en cuestión y procuramos de ese modo o bien evitarlos o bien evaluar su impacto.

EL CONTEXTO METODOLÓGICO

El tercer tipo de sesgos proviene de los aspectos metodológicos propios de cualquier investigación científica y en particular, de los instrumentos de medición. Heisenberg (1958), describe así la situación:

* robuenoc@hotmail.com

...tenemos que recordar que lo que observamos no es la naturaleza en sí misma sino la naturaleza expuesta a nuestro método de observación. Nuestro trabajo científico en física consiste en hacer preguntas sobre la naturaleza en el lenguaje que poseemos y tratar de obtener una respuesta de los experimentos por los medios que están a nuestra disposición (p. 46).

No vemos la realidad como tal, sino la que nuestros instrumentos nos muestran (exactamente como sucede con nuestros sistemas sensoriales y de procesamiento). Los sesgos instrumentales comparten características con los dos tipos anteriores: por un lado, son sesgos que provienen de los dispositivos de observación, lo que asemeja los sesgos que producen a los del primer tipo, y por otro lado, todo instrumento tiene un fundamento teórico, en el cual se apoya su validez, en cuyo caso produce datos sesgados conceptualmente. A la luz de las consideraciones anteriores, los sesgos instrumentales tampoco plantean un problema para la objetividad. Al igual que nuestros sistemas sensoriales, los instrumentos sólo nos permiten detectar una parte de la realidad y lo hacen en un formato determinado entre los muchos lógicamente posibles, pero nadie puede seriamente pedir que los instrumentos nos hagan omniscientes. Además, los instrumentos sólo son válidos en virtud de cómo conceptualizamos aquello que los instrumentos miden pero, nuevamente, sólo necesitan ser válidos en ese contexto conceptual.

COMENTARIOS FINALES: ¿CÓMO SER OBJETIVO?

Para el relativista enunciados incluso contradictorios pueden ser igualmente verdaderos, porque no hay manera de decidir acerca de la mayor o menor validez de los marcos de referencia en que se fundan esos enunciados. El objetivista no niega la existencia de distintos marcos de referencia, su creencia es, más bien, que algunos marcos de referencia son válidos (pues están libres de sesgos) mientras que otros no lo son, y por tanto, sólo algunos enunciados son verdaderos, lo que implica que si uno es verdadero, su negación es necesariamente falsa. La idea del objetivista es que se puede llegar a la verdad, en el sentido de que se puede aprender acerca de la realidad, aunque dicho proceso de aprendizaje y sus productos, siempre estarán contextualizados. Entonces, ¿cuáles son los requisitos para ser imparciales y para aprender, aun dentro de tales límites?.

Una primera respuesta se halla en el argumento tradicionalmente expuesto por los científicos empiristas: la necesidad de mantener nuestros pensamientos bajo control, a fin de no distorsionar nuestras observaciones. Sin embargo, esta apelación a la autoridad de los «hechos objetivos» es frecuentemente mal interpretada. Como ya lo he señalado, yo creo que la verdadera actitud del científico nunca ha sido la de un empirismo ingenuo. Antes de la renovación de la filosofía de la ciencia, pocos científicos se preocupaban de muchos de los sesgos conceptuales del conocimiento, aunque sí eran conscientes del contexto instrumental y de muchos otros tipos de sesgos. Sin embargo, el sentido empirista que vemos en el discurso frecuente del hombre de ciencia, incluso en estos días de reacción anti-empirista, no reflejaba ninguna insensibilidad frente a las condiciones que podrían distorsionar las observaciones. Al contrario, esta apelación a los hechos y a la objetividad siempre tuvo, creo yo, otros fines, muy bien expresados en este pasaje del gran Claude Bernard:

Los hombres que tienen una fe excesiva en sus teorías o en sus ideas, no sólo están mal dispuestos para hacer descubrimientos, sino que también hacen muy malas observaciones. Observan necesariamente con una idea preconcebida, y cuando realizan una experiencia no quieren ver en sus resultados más que una confirmación de su teoría: desfiguran la observación y desprecian frecuentemente hechos muy importantes, porque no corresponden a su propósito (Bernard, 1865, p. 67).

Bernard no cree ingenuamente que se pueda realizar una observación realmente «sin ninguna idea preconcebida», lo que dice, simplemente, es que entre esas ideas preconcebidas puede haber algunas hipótesis muy estimadas que el investigador tratará de apoyar a cualquier precio, y es precisamente esto lo que debe evitarse. Sin embargo, no existe ningún criterio confiable acerca de cuándo y en qué condiciones debe seguirse esta regla de manera estricta (pues muchos hechos pueden haberse establecido erróneamente, en tanto que las hipótesis que esos hechos refutan podrían ser verdaderas). Pero hay muchísimos ejemplos históricos de resultados afortunados a partir del seguimiento de dicha regla. Por ejemplo, la idea aristotélica de que los movimientos planetarios son perfectamente circulares tuvo que ser abandonada por Kepler porque ningún modelo de movimiento circular concordaba con las precisas medidas obtenidas por Tycho Brahe

(según lo relata Sandell, 2006). Así, pues, aprendemos cuando estamos dispuestos a ejercer la máxima imparcialidad frente a los datos.

En segundo lugar, también es importante considerar el papel de la actitud personal del científico frente a las nuevas ideas científicas. Lo que incluso podría tener un sabor a «fe» del científico en sus propias ideas aunque carezcan de comprobación empírica, parece un ejemplo sobresaliente de la carencia de «objetividad» en la empresa científica. Incluso un científico puede comprometerse seriamente con una teoría por motivos altamente emocionales. Se trataría, ciertamente, del ejemplo más claro de «subjetividad» en la ciencia. Pero, como bien sabemos, sólo son motivo de evaluación los méritos racionales de las teorías. Entre los aspectos a tener en cuenta en esa evaluación está ciertamente el apoyo empírico con que cuenta la teoría en el momento de ser lanzada, pero existen también otros criterios. La evidencia empírica, en tal caso, es un elemento de juicio, pero no el único. Aquí encontraríamos el reverso de la actitud empirista, pues lo que vemos ahora es la fidelidad a una buena idea, aunque de momento carezca de evidencias que la respalde. Pero, en tal caso, la actitud objetiva se ejerce de un modo distinto. Como es mostrado por Holton (1978), el propio Einstein y algunos otros físicos, se sentían atraídos por la impresionante consistencia y capacidad explicativa de la nueva teoría de la relatividad, aun cuando durante sus años iniciales no contaba con más pruebas empíricas a su favor que el experimento de Michelson y Morley, realizado muchos años antes. Casos como éstos no son raros en la historia de la ciencia y despiertan una gran fascinación entre los historiadores de la ciencia y entre los críticos del «cientificismo». Pero el científico que acepta una teoría nueva, aun sin suficiente respaldo empírico inicial, adopta una postura objetiva si es capaz de presentar los méritos racionales de tal teoría. En suma, y como ya lo he manifestado, la objetividad de una afirmación –de toda una teoría incluso- no radica en que no haya motivos emocionales detrás de la defensa de tal afirmación. Radica, básicamente, en los argumentos que el científico esgrime para defenderla. Entonces, aprendemos también cuando sometemos nuestras nuevas adquisiciones conceptuales a una crítica racional rigurosa.

Los dos casos pueden en realidad, reducirse a uno solo. Se trata de ejercitar la mayor imparcialidad posible frente a las observaciones y a los argumentos. El conocimiento es objetivo, una vez más, esencialmente cuando nos hacemos

conscientes de los sesgos y limitaciones que pueden afectar la observación y el juicio y cuando evaluamos tal conocimiento a la luz de las mencionadas condiciones. Es decir, la evaluación crítica de los factores contextuales en los que se produce nuestro aprendizaje acerca de la realidad, nos ayuda a mejorar ese aprendizaje. Dicho de otro modo, la propia objetividad de nuestro conocimiento requiere también de un proceso de aprendizaje, ya no acerca de la realidad que estudiamos, sino acerca de cómo nuestro propio conocimiento puede verse afectado. A medida que aprendemos más acerca de los factores que influyen en el conocimiento, y aplicamos esa información para regular nuestro aprendizaje acerca del mundo, el producto de este último aprendizaje es más objetivo. De este modo, la objetividad del conocimiento es el resultado de un metaconocimiento cada vez mayor.

Referencias

- Báez, J. (2007). *Investigación cualitativa*. Madrid: ESIC.
- Baghramian, M. (2004). *Relativism*. Nueva York: Routledge.
- Barnard, C. (2004). *Animal behaviour: Mechanism, development, function, and evolution*. Harlow, Inglaterra: Pearson Education.
- Bernard, C. (1865). *Introduction a l'etude de la médecine expérimentale*. París: J. B. Baillière et Fils.
- Caldwell, B. J. (1994). *Beyond positivism: Economic methodology in the twentieth century*. Londres: Routledge.
- Camic, P. M., Rhodes, J. E. & Yardley, L. (2003). Naming the stars: Integrating qualitative methods into psychological research. En: Camic, P. M.; Rhodes, J. E. & Yardley, L. (Eds.) *Qualitative research in psychology: Expanding perspectives in methodology and design*, (pp. 3-15). Washington: American Psychological Association.
- Collier, A. (2003). *In defence of objectivity*. Londres: Routledge.
- Doucet, J. F. (1984). Scientific objectivity is simply a shared subjectivity. *Impact of Science on Society*, 134, 211-215.
- Feist, G. J. (2006). *The psychology of science and the origins of the scientific method*. Nueva Haven: Yale University Press.
- Golden-Biddle, K. & Locke, K. (2007). *Composing qualitative research*. Thousand Oaks, CA: Sage Publications.
- Gould, S. J. (2000). Deconstructing the «Science wars» by reconstructing an old mold. *Science*, 287, 253-261.
- Hanson, N. R. (1971). *Patrones de descubrimiento*. Madrid: Alianza.
- Haworth, A. (1999). Only one cheer for Sokal and Bricmont: Or, scientism is no response to relativism. *Res Publica*, 5, 1-21.
- Hegelund, A. (2005). Objectivity and subjectivity in the ethnographic method. *Qualitative Health Research*, 15, 647-668.
- Heisenberg, W. (1958). *Physics and philosophy*. Nueva York: Harper & Brothers.
- Holton, G. (1978). *Ensayos sobre el pensamiento científico en la época de Einstein*. Madrid: Alianza Editorial.
- Kantor, J. R. (1963-1969). *The scientific evolution of psychology*. Chicago: The Principia Press.
- Kantor, J. R. (1978). *Psicología interconductual*. México: Trillas.
- Kirk, R. (1999). *Relativism and reality. A contemporary introduction*. Londres: Routledge.

- Klotz, I. (2001). Procrustean distortions of science. *Academic Questions*, 14, 3, 9-21.
- Lovejoy, D. (1999-2000). Objectivity, causality and ideology in modern physics. *Science & Society*, 63, 433-458.
- McGrath, J. E. & Johnson, B. A. (2003). Methodology makes meaning: How both qualitative and quantitative paradigms shape evidence and its interpretation. En: Camic, P. M.; Rhodes, J. E. & Yardley, L. (Eds.) *Qualitative research in psychology: Expanding perspectives in methodology and design*, (pp. 31-48). Washington: American Psychological Association.
- Merriam, S. B. (2009). *Qualitative research: A guide to design and implementation*. San Francisco: Jossey-Bass.
- Mosteller, T. (2006). *Relativism in contemporary American philosophy*. Nueva York: Continuum International Publishing Group.
- Parrott, L. J. (1986). The role of postulation in the analysis of inapparent events. En: Reese, H. W. & Parrott, L. J. (Eds.), *Behavior science: Philosophical, methodological, and empirical advances* (pp. 35-60). Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum.
- Porpora, D. V. (2004). Objectivity and pallogocentrism. En: Archer, M. S. & Outhwaite, W. (Eds.), *Defending objectivity: Essays in honor of Andrew Collier* (pp. 48-59). Londres: Routledge.
- Preissle, J. & Grant, L. (2004). Fieldwork traditions: Ethnography and participant observation. En: deMarrais, K. & Lapan, S. D. (Eds.) *Foundations for research: Methods of inquiry in education and the social sciences* (pp. 161-180). Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.
- Ribes, E. (1990). *Psicología general*. México: Trillas.
- Sandell, M. (2006). Philosophy of astronomy. En: Sarkar, S. & Pfeifer, J. (Eds.), *The philosophy of science: An encyclopedia* (pp. 32-38). Nueva York: Routledge.
- Smith, N. W. (1993). *Greek and the interbehavioral psychology*. Lanham, MD: University Press of America.
- Sokal, A. & Bricmont, J. (1999). *Imposturas intelectuales*. Barcelona: Paidós.
- Staddon, J. E. R. (2001). *The new behaviorism: mind, mechanism and society*. Filadelfia: Psychology Press.
- Subbotsky, E. & Quinteros, G. (2002). Do cultural factors affect causal beliefs? Rational and magical thinking in Britain and Mexico. *British Journal of Psychology*, 93, 519-543.
- Ulin, P. R., Robinson, E. T. & Tolley, E. E. (2005). *Qualitative methods in public health: A field guide for applied research*. San Francisco: Jossey-Bass.
- Vanderstoep, S. W. & Johnston, D. D. (2009). *Research methods for everyday life. Blending qualitative and quantitative approaches*. San Francisco: Jossey-Bass.
- York, R. & Clark, B. (2006). Debunking as positive science: Reflections in honor of the twenty-fifth anniversary of Stephen Jay Gould's The Mismeasure of man. *Monthly Review*, Febrero, 57, 9, 3-15.

